

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 17 noviembre de 2010

Texto de referencia: L. Giussani, ¿Se puede vivir así?, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, pp. 273-281.

Canto ò Ballata dell'uomo vecchio

Canto ò Who stood up for Stephen

Gloria

Empezamos hoy el capítulo del sacrificio. Don Giussani plantea una premisa que ayuda a responder a algunas de las preguntas que han llegado. Uno de vosotros me pregunta: «Ahora lo más importante para mí es entender cómo participar de verdad en la Escuela de comunidad, cómo debemos prepararnos para ese momento de asamblea y cómo tenemos que vivir ese gesto para que sea verdaderamente nuestro y una propuesta para todos». En la premisa se nos ofrece alguna sugerencia, alguna indicación para el camino. La primera: «Hace falta repetirlas; y aún repitiéndolas parece que no se comprenden». No es que uno entienda enseguida las cosas y «al repetirlas [lo digo para que nadie se desanime] parece que se comprenden menos, lo cual es una forma de impaciencia. [í] Pero si algo es verdadero y resiste, repite y fija su mirada en ello, en un momento dado es como [í] el amanecer, y se empieza a comprender». Cada uno tiene que decidir si tomarse en serio esta sugerencia de don Gius o no, porque creemos que podemos entender rápidamente sin repetir, pretendiendo que las cosas sean nuestras enseguida; pero después, uno se desanima inevitablemente. En cambio, repitiendo ó esta repetición es como tener en la mano la hipótesis que la Escuela de comunidad nos ofrece para entrar en la realidad, en un momento dado, empieza a entreverse el amanecer, y entonces «el triunfo de la verdad está en el fondo del corazón». Uno entiende porque cae en la cuenta, en el fondo de su corazón. Y después, en la página siguiente, subraya: «Quisiera hacerlos comprender enseguida, [í] quisiera que el otro no tuviera que hacer el esfuerzo que debe hacer», como el padre y la madre, que miran a su hijo pequeño y querrían que hiciese el camino sin esfuerzo. Fijaos que no tenemos que pasar por alto estas cosas, porque es lo que pensamos nosotros, para nosotros y para los demás, lo hemos visto en las últimas Escuelas. Porque «querrían que no tuviera que dar todos los pasos que han tenido que dar ellos, les duele que tenga que pasar por ellos», pero será suyo, de sus hijos, sólo si hacen este recorrido; para que lo que han aprendido los padres sea también de los hijos, es necesario que éstos hagan las mismas e idénticas experiencias, porque no es algo mecánico. «No obstante, uno hace lo que puede [í], aquello que Dios le permite, considerando lo disponible que está su libertad [y la del otro, porque podemos encontrarnos con que el otro dice que no]». Si esto sucede en cualquier cosa, ¡intentemos imaginarnos ante el sacrificio que supone una cosa que nos repugna, que nos parece injusta! «Y un padre o una madre, al pensar en esto [tan repugnante] dirían: ò¿Cómo quisiera yo escupir sangre por ti!ö». Fijaos en lo que dice: «No; lo que le toca a cada uno, le toca, es decir, lo que Dios quiere de ti, tienes que hacerlo tú». No hay excusas, porque no decidimos nosotros el camino a través del cual el Misterio conduce al otro hacia el destino. Somos nosotros los que tenemos que someternos a la modalidad con la que el Misterio nos conduce hacia el destino a nosotros y a los demás: una obediencia. Pero nosotros pensamos que, al intentar ahorrársela al otro, queremos de verdad, como si Dios no le quisiese tanto como nosotros. Estamos convencidos de que somos los que queremos de verdad a los demás,

somos tan presuntuosos que pensamos que queremos más porque procuramos ahorrarles el camino, mientras que en realidad el Misterio no les quiere tanto porque no se lo ahorra. Ésta es la conclusión que no nos confesamos pero que en el fondo cavilamos. Esto no significa que no podamos colaborar en lo que se le pide al otro; es más, es imposible no querer colaborar, no ayudar al prójimo a cualquier precio. Pero esto significa colaborar y ayudar a recorrer la modalidad con la que el Misterio le conduce hacia el destino, que es según el designio de Otro.

No consigo olvidar el hecho que he visto suceder en la Escuela de comunidad. Lo que mis ojos han visto y mis orejas han oído ha sido un hombre que, agredido por la realidad, se ha quedado allí, no ha retrocedido, no se ha tapado la cara, y ha estado allí con toda su razón y todo su afecto, delante de la libertad del otro. He visto quién es el hombre si se deja abrazar por Cristo. Esa noche, volviendo a casa con un amigo, comentábamos: «Yo no habría sido capaz de estar así delante de la última intervención». El día siguiente transcurrió como otros muchos entre trabajo, compra, hijos, cena, pero no conseguía dejar de volver continuamente a lo que había sucedido, sobre todo cada vez que la realidad me golpeaba a mí: ya sea con problemas en el trabajo o cuando mis hijos no me escuchan. Al final del día, me dí cuenta de que había sido un día como otro cualquiera, pero a la vez totalmente diferente porque no lograba apartar mis ojos de ese hecho. Permanecía en mis ojos como pregunta, como súplica, como una posibilidad paradigmática para mí de estar ante la vida. Siendo sincera, no conseguí ser más amable con mis compañeras de trabajo, ni tampoco pude evitar gritar a mis hijos, y nadie me dijo: «¡Cómo has cambiado!». Pero lo más extraño es que yo me siento diferente. Por ejemplo, ya no soy capaz de lamentarme por las cosas que no funcionan. La queja ni siquiera me sale de la boca, y no consigo ni pensar en ella. En algunos momentos del día ó en realidad sucede a menudo ó se verifica que una cosa pequeñísima que me supone una dificultad, la afronto con menos ansia que antes, y de alguna forma vuelve a suceder el hecho que ha dado origen a todo esto. Creo que estoy empezando a entender cuando usted decía que Juan y Andrés, cuando volvían a su casa después de haber estado con Jesús, no podían quitarse de la cabeza ese rostro y las cosas que habían sucedido mientras estaban con él. También me han sorprendido dos aspectos: que todo sucedió el día que usted reclamó nuestra atención sobre el valor del hecho del que parte todo. Y la segunda cosa es que, contando todo esto a mis amigos, me di cuenta de que ninguno de ellos había percibido como yo lo que había sucedido. He señalado estos dos aspectos como signo de que se trataba de un diálogo personal entre el Misterio y yo. Y, como el ciego de nacimiento, tengo que decir: «No sé por qué me ha sucedido a mí, sólo sé que antes no veía y ahora veo».

Le he pedido que leyera esto, más allá del hecho que lo ha desencadenado ó que por ahora no mi interesa ó, por esto que ha dicho al final. Cuando decimos que el cristianismo es un acontecimiento estamos hablando de esto, de un hecho que nos hace ser distintos, no necesariamente más coherentes. Esto no significa que al día siguiente no grite a mis hijos o que sea más amable con mis compañeros, sino que, aunque no lo consiga, esto no elimina la novedad que veo. Un hecho que me ha aferrado: el cristianismo es este acontecimiento, no una coherencia, no es un moralismo que hace que dos días después, por arte de magia, consiga hacer algo, sino que es una novedad que se introduce, como se introdujo en Zaqueo antes de que bajase del árbol. Y se ven pequeños signos: menos ansia, menos queja. Parece que no es nada, pero es el signo del cambio que tiene lugar, no porque yo sea más capaz, sino por lo que ha sucedido. Y esto es lo que queríamos decir sobre el valor del hecho. A pesar de esto, puede haber personas, amigos, que no lo hayan entendido, pero esto no quita nada; el Señor nos

concede la gracia a cada uno de nosotros como quiere y cuando quiere, dependiendo también de nuestra disponibilidad. Pero lo que habla de toda la potencia del hecho es esto: que me aferra de forma tan potente que, más allá del hecho de que yo sea mejor o peor, no puedo eliminarlo. Desde ese momento todo cambia: «No sé por qué me ha sucedido a mí, sólo sé que antes no veía y ahora veo». Esta intervención introduce bien el capítulo que empezamos ahora, porque el sacrificio, dice don Gius, es como el punto donde confluye todo: porque ni la fe, ni la esperanza, ni el amor, ni la belleza pueden existir sin el sacrificio. Éste es el punto de confluencia de todo lo que tenemos que entender, porque, por las preguntas que me habéis hecho (leo una de ellas) se ve que lo que más nos cuesta es justo esto: «Yo deseo, y te lo pido a ti y al Señor, poder entender el paso por el cual el sacrificio se convierte en un valor, porque he intentado repetir estas palabras, pero me doy cuenta de que tengo un poco de miedo de que sean exageradas, es como si tuviese miedo de pedir demasiado». Y otra persona dice: «El sacrificio ha estado siempre presente en mi vida a través de la enfermedad, y es incomprensible, es bestial, desgarrador, carnal. Cuando don Gius dice que òvale la pena lo siento como algo mío, porque recientemente me he llegado a preguntar esto delante de decisiones difíciles, y justo con estas palabras. Me he preguntado: ¿Qué es lo que me basta en la vida? Y la respuesta es: nada. Nada me basta. Las únicas veces que me he sentido de verdad llena y feliz incluso en situaciones dolorosas ha sido cuando he tenido la certeza de que Él estaba, cuando sentía que estaba presente. Por lo tanto, el motivo para elegir era conseguir verle más. Pero cuando leí el tercer punto, me pareció inconcebible, no soy capaz de imaginarme viviendo así, pero a la vez no puedo ignorar lo que me dice don Gius, porque todo lo que dice antes y lo que me ha dicho siempre es tan verdadero que no puedo no tomarlo en consideración. La primera pregunta que me vino a la mente fue: ¿Cómo puedo hacer para que sea así también para mí? ¿Por qué tendría que querer el sacrificio como clave de mi vida? ¿Por qué tendría que querer òinfluir en la gente que vive ahora mismo en Japón escupiendo sangre? Porque en mi vida he tenido que escupir sangre en el sentido literal de la palabra, y yo no querría volver a vivir una cosa así; ¡imagina si quiero que el estar mal sea la clave de toda mi vida! Sinceramente, soy mala, y para salvar a uno que ni siquiera sé que existe tengo que escupir sangre. No veo por qué tendría que hacerlo». Nos encontramos ante una auténtica dificultad, a la cual no podemos responder «explicando» las cosas, porque no tenemos que convencer de esto a nadie. Lo primero es identificar en nosotros ó para ayudarnos a entender esto según lo que dice don Gius ó cuándo hemos hecho experiencia, aunque sea una experiencia inicial (ahora no me interesa el nivel), de que el sacrificio se ha vuelto interesante como experiencia sencilla.

Después de todo este camino que hemos hecho en los últimos meses, es como si el capítulo del sacrificio pusiese en duda la fe, todo el recorrido que hemos hecho. Me ha impresionado mucho la introducción que hace don Giussani en las dos primeras páginas del capítulo, su insistencia en que el sacrificio es la cosa que menos corresponde y la más repugnante. Yo dije: «¡Es verdad!», pero ¿a quién se le ocurre hacer un sacrificio a propósito? A nadie. Y aquí me he ido al final de la Asamblea Internacional de Responsables: «No debemos tener miedo al sacrificio, porque si yo estimo aquello a lo que pertenezco, si yo pertenezco, quiere decir que debo abandonarme a mí mismo de algún modo». También aquí dije: «Es verdad, estoy completamente de acuerdo». Sucedió entonces que una tarde que estaba con mis amigos charlamos sobre esto, todos estábamos de acuerdo, nadie objetaba nada, hasta que salió a la luz un punto: «De todas formas, el sacrificio vale la pena si tiene un objetivo, si sé qué es lo que me conviene y si obtengo recompensa». Yo dije: «Es

verdad». Y en ese momento me vi obligado ó como decías tú ó a volver a mirar en qué momento de mi vida el sacrificio se había vuelto interesante. Y no pude negar que el sacrificio se había vuelto interesante todas las veces que afrontaba la vida enamorado (uso esta palabra), enamorado de la vida, enamorado de la compañía, enamorado del trabajo, enamorado de mi mujer, enamorado de todo. Y entonces, yo creo que nosotros, al final, nos apartamos siempre de este sacrificio porque es como si no estuviéramos enamorados.

Enlazo con la primera intervención. La verdad es que no me habría importado que el libro se terminase aquí, saltando esta parte, pero es inevitable, así que me he enfrentado a ella.

Nosotros creemos que saltándonos este capítulo, saltamos el sacrificio de la vida. Éste es nuestro problema.

Yo también tenía una pregunta parecida: ahora, cuando hago un sacrificio de verdad, grande, no consigo no intuir un õplusö. Y lo hago porque ya estoy ganando, estoy entendiendo ya que vale la pena, y estoy disfrutando ya de este õvale la penaö. De otro modo no sé si lo conseguiría; es más, hoy por hoy no consigo hacer un sacrificio en el que no empiece ya a gustar, al menos algo.

Empezamos a darnos cuenta, aunque sea de forma incipiente, de que el sacrificio es interesante cuando tenemos un objetivo o un amor por algo. El sacrificio empieza a interesarnos si estamos enamorados o si lo hacemos por un õplusö que lo vuelva interesante. Y toda la vida depende de que hacer un sacrificio tenga un objetivo, una razón que lo vuelva útil, por la que valga la pena hacerlo. En este sentido, aquí llegamos al punto donde confluye todo lo que hemos dicho hasta ahora. En el sacrificio se verifica si es real lo que hemos dicho sobre la fe, es decir, se verifica si existe una Presencia tan correspondiente que vale más que la vida y que sea capaz de despertar una esperanza, se verifica si es real la caridad de Uno que se inclina sobre nosotros y si es verdad que estaremos disponibles si nos dejamos dominar por la conmoción ante este hecho. Preparando la Escuela de comunidad me vino a la cabeza la frase de Malraux citada a menudo por don Giussani: «No existe ningún ideal por el cual podamos sacrificarnos, porque de todos conocemos la mentira, nosotros que no sabemos qué es la verdad». El sacrificio no tiene razón de ser si nosotros, en el fondo, pensamos que todo es mentira. Y si nosotros no estamos disponibles a ningún sacrificio es porque no hemos encontrado nada que sea tan verdadero que nos permita hacerlo. Este punto es la síntesis de la verdad de Cristo: Él introduce en la vida algo tan interesante que hace que uno esté disponible y apasionado, que hace que todo pueda llegar a ser deseable, incluso lo que a simple vista parece repugnante. Entonces la cuestión es, amigos, cómo nos testimoniamos continuamente que es así, para ayudarnos a no tener miedo del sacrificio y poder estar disponibles ante él.

¿Cuándo ha empezado a ser interesante para ti el sacrificio?

Desde hace algunos años estaba en tal estado, que, sin Dios y sin ningún afecto que me sostuviera, cada mañana empezaba el día, después de irse mis hijos al colegio, gritando desesperadamente de rodillas en el suelo: «¡No se puede vivir así, ya no quiero vivir así!». Pero en un determinado momento, después de haber adelgazado mucho y de haber perdido incluso las fuerzas para llorar y gritar al cielo, el Misterio se apiadó de mi fragilidad y de la situación horrible en que vivía y empezó a concederme la gracia de abrir mis ojos y mi corazón. No puedo contar toda la historia con sus detalles porque es larguísima, preciosa e increíble. Lo que quiero contar es que recibí un regalo de un amigo, un libro (junto a la invitación a asistir a la Escuela de comunidad el

miércoles siguiente). Sentí que mi corazón saltaba, el título era: ¿Se puede vivir así? ¿Cómo es posible, si yo seguía gritando que no se podía vivir así? Lo leí en dos noches, acostándome a las cinco de la madrugada. Voy al grano: yo tenía que hacer cuentas todos los días con una cotidianeidad verdaderamente cruel e inaceptable, pero desde ese momento, en cambio, parecía que toda la realidad coincidía con mi humanidad; todo, ¿entendéis? Pero todo, de verdad; incluso lo más increíble, cada coma, cada punto, cada letra que el bendito don Giussani había escrito era para mí, se clavaba en mi carne. En los momentos más duros me repetía y repetía a mis amigos: «Estoy justo en el medio de un watershed». En el trabajo me tomaban por loca, para muchos deliraba, pero por suerte no para todos. Era mi vida la que había empezado a latir así, continuamente. Era mi sacrificio, la fatiga de cada momento, lo que llenaba de sentido y de gracia cada instante y cada cosa. Desde entonces, digo: «Sí, Jesús, de verdad eres Tú», Él es omnipresente, está vivo, se ha hecho carne. Por ejemplo, he vuelto a abrazar a mi hijo (hacía mucho tiempo que no lo hacía) con una certeza buena sobre él, intentando mirarle como Él me estaba mirando a mí. Os aseguro que para mí ha sucedido òel mayor plus de todos los plusesö: hay un punto en el horizonte que se hace cada vez más grande y está cada vez más cerca.

Gracias, amiga. El Señor puede hacernos atravesar una cosa incomprensible para nosotros para que suceda esto, este cambio que nos gustaría a todos sentir como nuestro recorriendo cada frase del libro.

Soy músico y vengo de Umbría. Mi sacrificio es estar con frecuencia alejado de mi familia por motivos de trabajo. Cuando vuelvo a casa mi mujer y yo intentamos juzgar juntos las cosas que suceden después de la Escuela de comunidad. Concretamente, entender el sacrificio de la distancia para nosotros es replantearnos verdaderamente qué significa amar, es decir, que el otro tiene un destino. Sacrificio, de hecho, viene de sacrum facere, hacer sagradas todas las cosas, y por lo tanto, desear conocerse más, no dando nada por descontado. En la relación con los hijos, el sacrificio es mirarlos teniendo en cuenta su destino, como nos ha enseñado Giussani, aceptando por tanto su libertad. Querría además añadir una cosa. Mi experiencia es maravillosa porque toco en una orquesta de música clásica, y por lo tanto hago experiencia de la belleza continuamente. También soy profesor de mi instrumento, la trompa. En la relación con mis alumnos el problema no es conseguir que sean los mejores del mundo, sino que encuentren una respuesta, una satisfacción en el estudio redescubriendo su humanidad a través de la música. Quería contar también dos hechos importantes: el 15 de octubre gané una audición importante, y el 28 de octubre mi hermano tuvo un accidente con la moto (estuvo a punto de morir, estuvo una semana en reanimación intensiva por una lesión grave en la arteria aorta). Se abrían ante mí dos posibilidades: ¿Ha habido buena y mala suerte en estos casos, o la realidad es signo? Para mí esto significa que tengo que decidir todos los días si Cristo ha resucitado o no. Para mí sí, ha resucitado, yo digo que sí. Además, el 15 de octubre es el aniversario del nacimiento de don Giussani.

Tú no decides nada. Tú reconoces o no, pero ó si me permites ó, no lo decides tú.

He ganado un concurso en Milán el día del cumpleaños de don Gius. Y esto es un hecho. Después de este accidente, mi hermano se ha convertido ó estaba a punto de morir y aunque no simpatiza mucho con el cristianismo, dijo: «Señor, perdona mis pecados», y ha decidido hacer una peregrinación para dar gracias ó. Y esto es otro hecho.

Para. Explica bien qué tiene que ver el sacrificio con la belleza, porque esto es lo que nos interesa, porque ahí se ve bien la relación, se ve bien cuándo se vuelve interesante el

sacrificio, porque para tocar en una orquesta o para que cada uno no se vaya por su lado hace faltaí

í Seguir a alguien.

Seguir a alguien: es necesario un sacrificio. Pero ahí se ve que el sacrificio resulta interesante precisamente por la belleza, y de hecho, no podemos volver atrás con respecto a esta belleza. Esto es algo que ninguno de nosotros puede quitarse de encima. Pienso en los momentos en que cantamos juntos: la gente piensa que hacemos un sacrificio, pero a nosotros no nos cuesta no dejar que cada uno vaya por su lado: al contrario, la belleza no tiene vuelta atrás. Gracias.

Padre Aldo, cuéntanos cuándo se ha vuelto interesante para ti el sacrificio, porque tú tocas con la mano el sufrimiento de muchas personas.

Yo miro la experiencia que tú vives, sobre todo en estas últimas semanas. Nos hemos encontrado con los amigos y nos hemos preguntado sobre estas cosas. El sacrificio, que es la condición para el gusto y la belleza de la vida, se ha vuelto interesante siguiéndote, cuando hemos percibido que es la modalidad con la que Cristo entra en nuestra vida. Nosotros hemos trabajado (digo nosotros porque somos un solo cuerpo), y hemos percibido que el sacrificio es interesante porque en cada uno de nosotros hay una familiaridad con Cristo. Tú nos has desafiado, nos has invitado a convertirnos. «Te he amado con un amor eterno»: esto se convierte en la razón para vivir y este amor eterno se llama Cristo. Partiendo de esa cruz, el sacrificio no sólo se vuelve interesante, sino que además se convierte en una condición llena de alegría. Éste es el primer punto. Yo me fui porque amaba a alguien, pero no es suficiente, porque todo termina, y después sólo queda la tristeza. Y ante tantas dificultades, es más aguda todavía la urgencia de encontrarnos de nuevo para decir: «¿Quién eres Tú, oh Cristo, para nosotros?». El problema no es el sacrificio, sino quién es Cristo para mí. Porque si para mí Cristo es todo, entonces nace una segunda cosa que me ha descolocado literalmente: Giussani, hablando de la cruz fidelis inter omnes, dice que el sacrificio de Jesús es el gran valor que salva al mundo de la miseria de la muerte; y que nuestro valor es participar con él aceptando el sacrificio en la modalidad que Él establece. ¡Y llega a decir que el Señor hace esto, por ejemplo, permitiendo que tenga una enfermedad! ¡Esto me ha descolocado! Yo siempre he pensado que la enfermedad era un castigo, que la enfermedad era mala suerte. ¡Y Giussani dice que es un don del Señor! Yo lo veo en mi clínica, lo veo en mí por lo que me sucede todos los días! Entonces, si percibimos esto, el lamento desaparece; no sólo eso, sino que además entendemos que todo es un don porque todo me conduce hacia Cristo. A mí lo que me interesa no es cuánto viven mis enfermos: a mí me interesa Cristo. Nos hemos preguntado en un triduo: ¿Para nosotros la realidad es fuente de preocupación o de provocación? Porque veíamos el riesgo de una tristeza, de un lamento, y enseguida hemos sentido la exigencia de volver a entender qué quiere decir que la realidad es una provocación. La realidad significa todas las cosas, significa la enfermedad, significa todo, el modo injusto con el que soy tratado, los amigos que no me hacen caso, el hecho de que tengo que sacrificar un afecto e irme (y para mí sucedió así, en la certeza de que en este camino se cumple la plenitud). Por eso, lo que veo hoy en mi vida es que el sacrificio es la condición para la plenitud, porque si yo quiero a una chica, es inevitable que ame la distancia, porque si quiero leer un libro no me lo pego a los ojos, sino que lo leo con una distancia; así en todas las cosas. Ésta es la batalla de todos los días entre poseer una cosa y aferrarse a un acontecimiento. Pero está ese õplusõ: que todo lo que sucede es un don espléndido, incluso el cáncer (sobre esto son mil las experiencias de mis enfermos); hasta el agotamiento es una ocasión para reconocer el

gesto de amor de Cristo. Lo dice él, y yo lo he experimentado en mi vida porque a raíz de estas cosas ha florecido no sólo mi vida, sino que ha nacido todo lo que hay allí, y también nuestro continente latinoamericano.

¡Gracias! Me parece que con esto podemos introducirnos en el misterio del sacrificio, de esto que nos parece repugnante. «El problema no es el sacrificio, sino quién es Cristo para mí», nos dice el padre Aldo. Es el problema de la fe, como decíamos antes. En este sentido, la cuestión sobre el sacrificio es el resumen del recorrido que hemos hecho: ¿Hasta qué punto este recorrido ha sido una experiencia en la que Cristo ha entrado tan potentemente en la vida que la ha vuelto fascinante, y por tanto todo lo que viene de Él es una ocasión, es la condición para una relación? Todo me conduce hacia Cristo, todo es una provocación. Se abre el tiempo para verificar. Para que el testimonio que nos ha dado se vuelva nuestro, cada uno de nosotros tiene que verificarlo. Si no, no será nuestro. Es necesaria ó como decimos siempre ó nuestra libertad. Nosotros no decidimos que llegue una enfermedad, una desilusión o una injusticia, por eso la vida nos ofrece muchísimas ocasiones que no elegimos y que nos suceden, en las que podemos verificar que, si entramos en esta circunstancia con lo que tenemos en los ojos, con la experiencia que hacemos de Cristo, ésta puede convertirse en la ocasión para descubrir qué es lo que llena la vida. Somos libres de todas las condiciones. Por esto la verificación no se puede hacer en otro sitio que no sea la realidad; una cosa es ver a Cristo vencer en nuestros pensamientos y otra muy distinta es verlo en la realidad. La victoria en la realidad genera la fe, es decir, el apego a Cristo, la certeza de que Cristo lo es todo, de que Cristo es el significado, la clave de todo. Esto no es un discurso; o se convierte en una experiencia o repetimos las cosas sin creérnoslas, y por ello al final seguimos intentando ahorrarnos todo lo que podemos el sacrificio, evitándolo. Después, cuando no podemos, nos rebelamos. Aprovechemos estas semanas para ver si afrontar con esta hipótesis las circunstancias que el Señor nos hace atravesar (pequeñas o grandes, no siempre tiene que ser algo excepcional) cambia nuestra vida; si aceptar esta condición del sacrificio se convierte en fuente de alegría, como decía ahora el padre Aldo.

Escuela de comunidad. Seguimos con la segunda parte del capítulo y la asamblea, páginas 281-296. Os leo el comunicado que hemos hecho para el domingo 21:

El domingo 21 de noviembre recemos por los cristianos de Iraq

Comunión y Liberación se adhiere al llamamiento de los Obispos italianos para rezar, el próximo domingo 21 de noviembre, por los cristianos de Iraq, «que sufren la prueba tremenda del testimonio cruento de la fe» (Comunicado conclusivo de la Asamblea CEI, 11 de noviembre de 2010). El movimiento invita a todos sus miembros a participar en las misas dominicales, ofreciéndolas según las intenciones de Benedicto XVI, que el día siguiente al gravísimo atentado en la catedral siro-católica de Bagdad, que causó decenas de muertos y heridos, dijo: «Rezo por las víctimas de esta absurda violencia, tanto más feroz porque ha golpeado a personas inermes, reunidas en la casa de Dios, que es casa de amor y reconciliación. Expreso, además, mi afectuosa cercanía a la comunidad cristiana, que ha sido golpeada de nuevo, y aliento a todos los pastores y fieles a ser fuertes y firmes en la esperanza. Por último, ante los crueles episodios de violencia que siguen desgarrando a las poblaciones de Oriente Medio, quiero renovar mi apremiante llamamiento a la paz: la paz es don de Dios, pero también es el resultado de los esfuerzos de los hombres de buena voluntad, de las instituciones nacionales e

internacionales. Que todos unan sus fuerzas para que termine toda violencia» (Ángelus, 1 de noviembre de 2010).

Dirigiéndose a todos los miembros de Comunión y Liberación, don Julián Carrón ha dicho que «participar en las misas dominicales según las intenciones del Papa y los Obispos es un gesto de comunión real y de caridad, para que sintamos como amigos nuestros a los cristianos de Iraq, aunque no los conozcamos directamente». Así escribe don Giussani: «Si el sacrificio consiste en aceptar las circunstancias de la vida, tal como vienen, porque nos hacen corresponsables, partícipes de la muerte de Cristo, el sacrificio se convierte en la clave de la vida entera [...], y también en la clave para comprender toda la historia del hombre. Toda la historia depende de aquel hombre que murió en la cruz, y yo puedo influir en la historia de los hombres ó puedo influir en la gente que vive ahora mismo en Japón, en la gente que está en el mar ahora mismo en peligro; puedo intervenir para aliviar el dolor de las mujeres que están perdiendo a sus hijos ahora mismo, en este preciso instante ó, si acepto el sacrificio que en este momento se me pide» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, p. 279). Por este motivo, ha añadido Carrón, «si un gesto de oración puede influir en el cambio de la gente en Japón, puede cambiar algo también en Iraq. Que el sacrificio que ofrecemos por los cristianos iraquíes y la misa del próximo domingo sean un gesto con el que imploremos a Dios su protección sobre ellos».

Como hemos dicho siempre, los criterios para juzgar la política son el bien común y la *libertas Ecclesiae*. Por eso, sobre la situación política en la que nos encontramos, no podemos no expresar todo nuestro dolor, como ha dicho el cardenal Bagnasco en el Discurso de apertura de la Asamblea general de la CEI (8 noviembre 2010): «Estamos angustiados por la situación de Italia, que percibimos bloqueada en sus mecanismos de decisión, mientras el país parece aturdido y mira desorientado». En mi opinión es difícil encontrar una explicación mejor de la situación actual. Y por esto pedimos que todos lo que están implicados en esto se preocupen por el destino del país, es decir, el bien común de todos y no sólo de los de su bando, porque sin esto no podrán salvar ni siquiera su propio bando; es una falta absoluta de realismo pensar que se puede salvar el bando propio a costa de los demás. Es nuestra mentalidad individualista la que nos lleva a estas situaciones. Por eso nos unimos a la invitación del presidente de la CEI para «dar todos un paso adelante concreto y estable hacia soluciones útiles para el país y lo más compartidas posible», porque esto puede tener presente el bien común de todos. Os pedimos a todos que recéis por esto, que cada uno haga lo que pueda según su responsabilidad.

Ha salido el manifiesto de Navidad que tiene como imagen la Natividad (1960) de W. Congdon. El texto es el siguiente:

«Para nosotros, Dios no es una hipótesis lejana, no es un desconocido que se ha retirado después del òbig bangö. Dios se ha manifestado en Jesucristo. En el rostro de Jesucristo vemos el rostro de Dios. En sus palabras escuchamos al mismo Dios que nos habla. (*Benedicto XVI*)

Juan y Andrés tenían fe, porque tenían certeza de una Presencia que experimentaban: cuando estaban allí [í] sentados en su casa, al atardecer, mirándolo hablar, tenían la certeza de una Presencia, la experiencia de algo excepcional, de lo divino en una presencia humana. [í]

En lugar de Él con los cabellos agitados por el viento, en lugar de verlo hablar moviendo los labios, ahora se te acerca con nuestras presencias, que son como [í] la piel frágil, frágiles máscaras de algo potente que está dentro. (Luigi Giussani)».

Creo que ésta es la contribución más grande que podemos ofrecer a nuestros amigos. Con el manifiesto queremos expresar el contenido del camino que estamos recorriendo ahora. Por eso tenéis que leerlo, exponerlo, tenerlo en la mirada, repetirlo, usarlo, pues constituye una ocasión para comunicar a todos con mayor conciencia la experiencia que vivimos, es decir, el juicio ó sin el cual no hay cristianismo ó, la mirada que tenemos sobre la realidad. Esto significa dejar que entre en nosotros, llevarla a de los demás, comunicarla y dejar que esta mirada llegue hoy a todos, a través de nuestra piel frágil, de nuestras frágiles máscaras. Es también una posibilidad para verificar si la experiencia que vivimos nos hace libres para mostrar lo que somos en la realidad, para llevarlo a los lugares donde nos jugamos la vida, para que esta mirada que nosotros hemos tenido la gracia de reconocer y de recibir pueda llegar a todos, a todos los que están en nuestro ambiente.

El Libro del mes para diciembre y enero es *El corazón desea cosas grandes*, Bur, Milán 2010. Este texto recoge una selección de las principales intervenciones del Meeting de este año. De este modo podemos retomarlas más tranquilamente y focalizar bien lo que se ha dicho.

Veni Sancte Spiritus